

ESPAÑOLAS EN LA GUERRA DE 1808: HEROÍNAS RECORDADAS¹

MARÍA CRUZ ROMEO MATEO

LAS MUJERES DE 1808 EN LA MEMORIA DE 1936

No hay duda de que la Guerra de la Independencia ha sido uno de los mitos fundamentales del nacionalismo español². Tanto es así que, más de cien años después del inicio del conflicto napoleónico y en otra guerra, ahora sí rotunda y dramáticamente civil, los dos bandos contendientes compartieron un conjunto de convicciones arraigadas. En 1936, unos y otros, sublevados y leales a la República, entendían que existía una España cuya esencia estaba por encima de los embates de la historia. Unos y otros creían que el rasgo más notable del pueblo español era haber luchado desde tiempos inmemoriales para afirmar su identidad e independencia contra los intentos de dominación extranjera. Esta versión del mito nacional, elaborada en sus aspectos básicos en el siglo XIX, tenía en la gesta de 1808 la manifestación más sublime de las virtudes de los españoles³.

Como han mostrado recientemente José Álvarez Junco y Xosé M. Núñez Seixas, la propaganda de 1936 insistió reiteradamente en el hecho de que la situación era un calco de la de 1808; se invocó la resistencia del heroico pueblo español frente a las tropas napoleónicas; se reprodujeron una y otra

¹ La autora participa en el proyecto de investigación HAR2011-27392.

² ÁLVAREZ JUNCO, José, *Mater dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, Taurus, Madrid, 2001; también, GARCÍA CÁRCCEL, Ricardo, *La herencia del pasado. Las memorias históricas de España*, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, Barcelona, 2011.

³ ÁLVAREZ JUNCO, José, «Mitos de la nación en guerra», en JULIÁ, S. (coord.), *República y Guerra civil. Historia de España Menéndez Pidal*, vol. XL, Madrid, Espasa Calpe, 2004, pp. 635-682; también, CRUZ, Rafael, «Guerra hasta la última tapia. La historia se repite ciento treinta años después», en ÁLVAREZ BARRIENTOS, Joaquín (ed.), *La Guerra de la Independencia en la cultura española, Siglo XXI*, Madrid, 2008, pp. 327-349.

vez los grabados de Goya o la figura de Agustina de Aragón aplicando la tea al cañón junto al cadáver de su supuesto esposo⁴. Si en 1936 se habló, y mucho, de 1808 fue porque éste constituía un repertorio de símbolos reconocido y reconocible por la mayoría de la población. Un repertorio del que no se pudo excluir, sino todo lo contrario, la participación de las mujeres en 1808.

Ambos bandos contendientes se apropiaron de la figura de Agustina de Aragón. Asiduamente recordada en las páginas de *ABC* (Sevilla), la edición madrileña, y por tanto republicana, de esta cabecera tampoco dejó pasar la oportunidad de conmemorar a la heroína por excelencia de 1808. En efecto, el público lector sevillano tenía noticia de que la jota de Blanco, «Agustina de Aragón», era habitual en el programa de conciertos organizados por la Banda Municipal de Sevilla en 1937 y 1938; o de que la obra *Agustina de Aragón* de Francisco Villaespesa (1877-1936) formaba parte del repertorio teatral de las compañías andaluzas. No faltaba tampoco su alusión en la publicidad, en forma de coplas que anunciaban una conocidísima bebida alcohólica, «que es el vino de los soldados de España»⁵.

Transformada en protagonista teatral o en icono publicitario, Agustina de Aragón constituyó también una mención obligada para las mujeres españolas, según el imaginario franquista que por entonces comenzaba a elaborarse. Quiopo de Llano, en sus charlas radiofónicas, se refirió a ella para ensalzar a aquella juventud dispuesta a colaborar con el Auxilio Social. Con ocasión del cuarto aniversario de la fundación de Falange, el general alabó a «la mujer española que se siente capaz de emular el gesto de sus antecesoras en Sagunto y Numancia y llegar incluso al de Agustina de Aragón, aunque como no es precisa su vida de campaña viene realizando una labor en la retaguardia digna de todo encomio, no sólo atendiendo a los heridos en los hospitales, sino cuidando y atendiendo a los niños». Había de todos modos un poso de incomodidad en la apelación a la gesta de 1808. La actividad de «las abnegadas jóvenes de Falange Femenina» no debía desarrollarse en los campos de batalla, a diferencia de la de los hombres, sino en los espacios que habían sido tradicionalmente reservados a las mujeres —el cuidado de enfermos, niños o necesitados— y donde se expre-

⁴ NÚÑEZ SEIXAS, Xosé Manoel, *¡Fuera el invasor! Nacionalismos y movilización bélicas durante la guerra civil española (1936-1939)*, Marcial Pons, Madrid, 2006.

⁵ *ABC*, Sevilla, 14 de enero de 1937 (concierto), 31 de mayo de 1938 (teatro) o 16 de octubre de 1936 (anuncio de Tío Pepe). Agradezco a Toni Morant la consulta de esta documentación.

saba el innato amor maternal de las «jovencitas»⁶. La mujer guerrera no podía ser el ejemplo a seguir por parte de las franquistas⁷.

Por su parte, la edición madrileña de *ABC* aprovechó la celebración de la batalla de Bailén para exaltar la participación femenina en la Guerra de la Independencia y recordar a aquella «hermandad» constituida por las madrileñas, las aragonesas o las andaluzas. Se incitó a la lucha y a la resistencia de la población publicando en primera página el cuadro de Rodríguez Acosta –una Agustina que, rodeada de varones heridos y muertos, enciende la mecha del cañón–, con el pie siguiente: «La hora del dilema apremiante ha sonado. Defendernos con dignidad, luchando heroicamente por nuestras libertades, como nos señaló con su ejemplo Agustina de Aragón o morir sin honor, asesinados a mansalva por los eternos enemigos del pueblo». Se anunciaron experiencias escénicas del teatro revolucionario, que tenían como protagonistas a «almas gemelas» de Agustina de Aragón. Se comentó la conferencia impartida sobre el tema «cómo luchó Agustina de Aragón por la independencia de España», «gran heroína, ejemplo y símbolo de mujer patriota». Según la prensa, en dicho acto se exhortó a las oyentes «a ser dignas sucesoras» de aquélla: «Como en 1808, España no será de los invasores, y las muchachas hemos de jugar un papel decisivo en esta lucha, trabajando sin descanso con valor y energía en los puestos, sean cuales fueren, que nos designe el Gobierno de Unión Nacional, única garantía de la victoria»⁸.

Como se llegó a escribir en *La Vanguardia*, parecía una «tontería» insistir en aquellos nombres de 1808:

«En el primer momento de la guerra, la mujer, nuestras mujeres, un poco descen-tradas, un poco fuera del ambiente, sintieron la necesidad de hacer acto de presencia en la lucha. No en vano había detrás de ellas toda una tradición heroica, todo un florilegio femenino, específicamente hispánico; por todas ellas –se ha dicho tantas veces que es casi una tontería el repetirlo– corre la sangre de Marianita Pineda o de Agustina de Aragón. Entonces surgió la mujer en la calle, con su mono azul, su

⁶ *ABC*, Sevilla, 31 de octubre de 1937, p. 11.

⁷ Sobre Auxilio Social, véase CENARRO, Ángela, *La sonrisa de falange. Auxilio Social en la guerra civil y en la posguerra*, Crítica, Barcelona, 2006. La reinterpretación por parte de las falangistas de los discursos de feminidad de Falange, en MORANT, Toni, «Para influir en la vida del Estado futuro»: discurso –y práctica– falangista sobre el papel de la mujer y la femi-nidad, 1933-1945», *Historia y Política*, núm. 27 (2012), pp. 113-141.

⁸ *ABC. Diario republicano de izquierdas*, 19 de julio de 1936 («Bailén, el 19 de julio»), 9 de octubre de 1936 (noticias teatrales), 7 de noviembre de 1936 (cuadro de Rodríguez Acosta), 5 de febrero de 1939 (conferencia en la Unión de Muchachas).

cartuchera y su fusil, y la mujer en el frente, al pie de un cañón o –las más modestas– al pie de una ametralladora. Fue algo un poco romántico, que sirvió para que los reporteros extranjeros sacasen a relucir los tópicos más viejos acerca de nuestro país, y de lo pintoresco que eran sus gentes y sus costumbres»⁹.

Precisamente en aquellos momentos iniciales de la guerra, en aquella convulsión social que movilizó a cientos de mujeres, no todas las milicianas podían identificarse con la figura de Agustina de Aragón. En cierto modo se entendía vinculada a una feminidad y a un código de conducta que no eran los de la heroína miliciana de 1936, autónoma, racional, independiente y emprendedora, que rompía las reglas de juego tradicionales:

«¿Qué signo tiene esta lucha, que llega a sublevar de modo hondísimo la entraña de la mujer española hasta conducirla a la acción en extremo agresiva de requerir el arma y solicitar el puesto en el combate?

Contados son los casos en que puede hallarse en la historia del mundo la presencia de la mujer en el frente de batalla.

El frente de guerra femenino se constituyó siempre a retaguardia. Un frente patético y doliente, cuyas trincheras estaban formadas por la resistencia a las privaciones, la espera torturante y angustiada de las nuevas guerreras, que habían de llegar del lugar en lucha, el cuidado paciente y materno de heridos en ambulancias y hospitales. Un frente pasivo y callado, cuya disciplina era el sufrir en silencio, el ocultar, tras una sonrisa forzada, la inquietud, la pena, el dolor más lacerante. Valor femenino que no se expresaba con grandes rasgos, con gestos violentos, sino al modo suave, dulce, apocado, de tono menor, que hemos quedado en denominar «femenino».

No faltan ahora –¿cómo habían de faltar nunca?– las enfermeras abnegadas, que cuidan no sólo a largos kilómetros del lugar de combate a enfermos y heridos, sino cerca, muy cerca del tiroteo fragoroso, en la más próxima retaguardia...

Pero quedan más mujeres, las mejores, las más bravas, las más fuertes, las más heroicas, aquellas para las que no encontramos un precedente, las milicianas.

Aquellas manolas bravías, que rechazaron en las calles madrileñas el empuje de los coraceros napoleónicos, las Manuelas Sancho y Agustinas de Aragón, que resistieron al pie de cañón el asedio zaragozano, no pueden compararse a estas nuevas y más audaces guerrilleras. Aquellas hicieron resistencia. Estas atacan. Salen de sus casas, de sus ciudades, y van al campo a buscar la lucha que no llegó, por fortuna, hasta sus mismos umbrales.

Cada una es un soldado más con todos los deberes y disciplinas de un soldado.

Y es que la mujer española se lo juega todo en la lucha civil que está ensangrentando nuestro suelo»¹⁰.

⁹ *La Vanguardia*, 20 de mayo de 1937.

¹⁰ *La Vanguardia*, 2 de agosto de 1936.

Como se sabe, la imagen militarista y rupturista de la miliciana era un símbolo de la guerra y de la revolución, que pronto se enfrentó a las imágenes (y a las realidades sociales) de las heroínas de la retaguardia¹¹. La propaganda se orientaba hacia la movilización de esas mujeres. La contribución primordial al esfuerzo bélico no estaba en las trincheras, sino en la retaguardia y a través de roles sociales tradicionales. En este contexto, la Asociación de Mujeres Republicanas volvía a recordar a Agustina de Aragón:

«¡Mujeres de España! Ha llegado el momento de poner en práctica todo cuanto se viene diciendo en teoría. No olvidéis que nuestro consejo oportuno, nuestro aliento animoso, nuestro impulso entusiasta y decidido es para el combatiente un arma tan poderosa frente al enemigo como el fusil y el material bélico. ¡Pensad todas y daros cuenta de la trascendencia que tiene en estos momentos decisivos de la guerra el espíritu que anime al compañero en el combate, y es misión nuestra, exclusivamente nuestra, mantener vivo este entusiasmo, estimular su fe en el triunfo! En nosotras puede estar la victoria. Seamos fuertes, y esta fortaleza y serenidad de ánimo será el mejor optimismo para que los nuestros luchen y triunfen.

La mujer que opone unas lágrimas de cobarde debilidad ante el esposo, el hijo o el hermano que va, henchido de esperanzas, a luchar por la victoria, no merece ser española, ni es digna sucesora de aquella mujer fuerte, orgullo de nuestra raza, que se llamó Agustina de Aragón. Resurjamos para ser en esta guerra cruel el arma más poderosa frente al enemigo, el arma más potente y eficaz, llenando el espíritu de los nuestros de sana confianza, de seguridad en el triunfo, de afán de lucha; inculquemos bien hondo en nuestro cerebro y en nuestro corazón que está en nosotras la mejor esperanza en el éxito, que la República que nos dio todo, al otorgarnos condición ciudadana, librándonos de la vergonzosa esclavitud en que se nos tenía relegadas, nos pide ahora que completemos con nuestra serenidad y fortaleza la labor del heroico pueblo español.¹²

Como analizó Mary Nash, las imágenes femeninas de la propaganda republicana de 1936 no implicaban un nuevo prototipo femenino, «no se clarificó una nueva visión de las relaciones de género ni se cuestionó su situación de subalternidad». Aquellas imágenes se basaban en los atributos y virtudes codificados por el modelo de la diferencia sexual moderna y el discurso de la domesticidad. No obstante, la propia lógica de la movilización femenina al servicio del esfuerzo bélico impuso también modificaciones o reelaboraciones en ese modelo de relaciones entre los sexos. En cualquier caso, las mujeres seguían

¹¹ NASH, Mary, *Rojas. Las mujeres republicanas en la Guerra Civil*, Taurus, Madrid, 1999, pp. 90 y ss.

¹² *La Vanguardia*, 23 de marzo de 1938.

siendo el símbolo de la nación¹³. En este campo específico, el de la construcción de la identidad nacional española y los discursos de género, tampoco 1936 introdujo cambios sustanciales con respecto a lo que había sido la propaganda patriota durante la Guerra de la Independencia –salvando, por supuesto, las diferencias absolutas entre un momento y otro–, cuestión en la que me voy a detener.

LA FABRICACIÓN DEL MITO

Si se me permite la afirmación, si no hubiera existido Agustina de Aragón, u otra figura femenina similar, el discurso patriota de 1808 la hubiera tenido que inventar casi obligatoriamente. Y es que la presencia femenina era fundamental para la retórica de la guerra del pueblo español, se entendiera éste como católico, monárquico y fiel a la tradición heredada o como representante de la nación soberana, que había despertado de un letargo de siglos de despotismo y oscuridad. Si España era un pueblo o una nación unánimemente levantada en armas contra Napoleón, como la propaganda de la época no dejaba de insistir, el hecho de que las mujeres se hubieran convertido en combatientes era el ejemplo más palmario de esa supuesta realidad.

La exaltación populista o nacional exigía la visibilidad simbólica de las mujeres. Por eso y casi desde el principio, la prensa, los manifiestos, las proclamas o las representaciones plásticas de los acontecimientos de la guerra, al tiempo que modulaban una idea de nación, se hacían eco de las gestas femeninas. Comenzó entonces un proceso de glorificación de las heroínas; un proceso que no fue lineal, estuvo sometido a los discursos de género imperantes a lo largo del siglo XIX y constituyó una de las vertientes del proceso de creación del Estado-nación. Mediante la representación femenina se buscaba identificar y encarnar los valores que, se suponía, conformaban la esencia nacional¹⁴.

¹³ NASH, Mary, *Rojas...*, *op. cit.*, p. 92. CENARRO, Ángela, «Movilización femenina para la guerra total (1936-1939): un ejercicio comparativo», *Historia y Política*, 16 (2006), pp. 159-182; BLASCO, Inmaculada, «Mujeres y nación: ser españolas en el siglo XX», en MORENO LUZÓN, Javier y NÚÑEZ SEIXAS, Xosé Manoel (eds.), *Ser españoles. Imaginarios nacionalistas en el siglo XX*, RBA, Barcelona, 2013, pp. 168-206.

¹⁴ El presente texto es una versión de CASTELLS, Irene, ESPIGADO, Gloria y ROMEO, M.^a Cruz «Heroínas para la patria, madres para la nación: mujeres en pie de guerra», en CASTELLS, Irene, ESPIGADO, Gloria y ROMEO, M.^a Cruz (coords.), *Heroínas y patriotas. Mujeres de 1808*, Cátedra, Madrid, 2009, pp. 15-54.

El proceso de glorificación de las heroínas se inició ya en los momentos de la guerra. La prensa se hizo eco de su actuación. Sus gestas eran recordadas como un ejemplo a seguir, como un modelo de valentía que fortalecía el patriotismo de los españoles. Como ha estudiado Marieta Cantos, el carácter ejemplarizante que tenían estas noticias explica que los relatos biográficos compartan una estructura narrativa similar y, sobre todo, que a través de ellas se fuera conformando un imaginario de «la mujer viril». Un imaginario que tenía precedentes literarios en el papel de la mujer travestida de soldado de la tradición teatral –rechazado por los ilustrados de finales del siglo XVIII, pero muy aplaudido por el público– y en los grabados de las «mujeres fuertes» de la Biblia –por ejemplo, Judith o Jael–, publicados también a fines de la centuria con bastante éxito¹⁵. De este modo, las gestas femeninas de 1808 fueron presentadas mediante unos códigos de significación ya conocidos por la opinión pública letrada.

Una de las representaciones plásticas más famosas de la contienda fueron los sitios de Zaragoza, con el ensalzamiento del comportamiento cívico del conflicto¹⁶. Fue precisamente el protagonismo de las mujeres lo que hizo que las imágenes adquirieran una singularidad que fue proyectada a todo el territorio de la monarquía hispánica. El punto de arranque de lo que sería la memoria histórica fue la colección de láminas de Juan Gálvez y Fernando Brambila titulada *Ruinas de Zaragoza*, de 1812. Las acciones llevadas a cabo por las mujeres pasaron rápidamente al imaginario colectivo. La representación de mujeres armadas con picas y cuchillos que luchan contra los soldados franceses estaba por aquel entonces ampliamente difundida a través de grabados puestos a la venta y diarios, cuyo sentido épico era abrumador¹⁷.

De este modo, a través de estampas, grabados y, décadas después, pinturas y esculturas, Manuela Sancho –destacó como artillera en la defensa del Conven-

¹⁵ CANTOS CASENAVE, Marieta, DURÁN LÓPEZ, Fernando y RAMOS SANTANA, Alberto (eds.), *La guerra de pluma. Estudios sobre la prensa de Cádiz en el tiempo de las Cortes de Cádiz*, tomo III: *Sociedad, consumo y vida cotidiana*, Universidad de Cádiz, Cádiz, 2008, p. 182. Un análisis detallado de la construcción histórica de las identidades de género a partir de un ejemplo de travestimiento en ARESTI, Nerea, «The Gendered Identities of the “Lieutenant Nun”: Rethinking the Story of a Female Warrior in Early Modern Spain», *Gender and History*, 19 (2007), pp. 401-418.

¹⁶ El mejor estudio sobre la ciudad sitiada es MAESTROJUÁN CATALÁN, Francisco Javier, *Ciudad de vasallos, nación de héroes (Zaragoza, 1809-1814)*, Institución «Fernando el Católico», Zaragoza, 2003.

¹⁷ Como se sabe, «Los desastres de la Guerra» de Goya, iniciados en 1810, no fueron conocidos hasta muchos años después. La Academia de Nobles Artes de San Fernando hizo una tirada en 1863.

to de San José de Zaragoza—, Casta Álvarez (1786-1846), María Agustín y por supuesto Agustina Zaragoza Doménech (1786-1857) pasaron a la historia como símbolos de la implicación del pueblo en la lucha. Sin embargo, la memoria histórica durante buena parte del siglo XIX no cristalizó en alguna de esas mujeres, ni siquiera en «La Artillera», convertida en mito ya en vida. El culto al héroe fue sobre todo masculino y militar, como quedó reflejado en la prensa del periodo isabelino (1833-1868) o en los manuales de historia más difundidos en los centros de enseñanza primaria y secundaria de la época. La prensa de esos años prácticamente no se hizo eco de la «gesta» de Agustina de Aragón, si bien cuando lo hacía ésta se convertía en el exponente máximo del valor del «sexo débil», capaz de disputar las glorias al «sexo fuerte», o en una figura cuyo heroísmo, innegable, no era sin embargo más encomiable que el de las «zaheridas vírgenes que consagran su vida a la oración en las sombras crepusculares del claustro»¹⁸. Ello no significa, en cualquier caso, que las mujeres estuvieran ausentes de la labor de reconstrucción y mitificación del pasado.

Para que las figuras femeninas alcanzaran un mayor predicamento fue necesario domesticar el recuerdo. Es decir, se procedió a naturalizar y dotar de excepcionalidad la participación de las mujeres en la guerra. De este modo se conseguía resolver la contradicción entre un sujeto activo y luchador, la mujer en armas, y el ideal de feminidad de la época liberal que recluía a las mujeres en el espacio de la privacidad y la domesticidad. Para entender este proceso nos podemos servir, de nuevo, de la figura de Agustina de Aragón¹⁹. ¿Cómo explicar que una mujer se hubiera puesto al frente de una batería? ¿Cómo explicar este acto en el contexto de una tradición cultural que establecía una identidad entre las mujeres y la paz y los hombres y la guerra? De acuerdo con esas representaciones, las mujeres se entendían como proclives por naturaleza a la compasión, la resignación y el amor. En consecuencia, la acción de Agustina no podía ser más que resultado del sentimiento amoroso hacia el sargento caído. Esta versión de los hechos fue la que se difundió durante la contienda. Debida al general Palafox, la inmortalizaría lord Byron, quien la debió de oír durante su viaje a Sevilla, Cádiz y Gibraltar en el verano de 1809.

¹⁸ *La América: crónica hispano-americana*, 8 de abril de 1862 (Madrid); *Revista Católica*, octubre de 1863, p. 159 (Barcelona).

¹⁹ Sobre el nacimiento de la leyenda de Agustina de Aragón, puede verse QUERALT DEL HIERRO, M.^a Pilar, *Agustina de Aragón. La mujer y el mito*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2008. Es imprescindible FREIRÉ LÓPEZ, Ana María, *Historia y literatura de Agustina de Aragón*. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Alicante, 2008.

Interpretada como fruto del amor, la acción de Agustina de Aragón podía ser recordada y ensalzada, al tiempo que la propia Agustina podía ser cultivada como heroína a lo largo del siglo XIX. La contrapartida, eso sí, era ocultar su vida privada, mucho más desordenada de lo que el discurso de la domesticidad podía admitir, e incluso silenciar su vida pública, al centrar su «gesta» en un único y excepcional «gesto», el cañón de la sitiada ciudad de Zaragoza.

En segundo lugar, el mito de Agustina de Aragón fue también aburguesado. Así se sustituyó el amor por el artillero caído por el mucho más adecuado amor por el esposo. Era el deber de esposa y de patriota lo que había determinado su actuación y, por extensión, la de todas las mujeres de 1808. Todo lo demás quedaba vedado —la racionalidad e independencia del sujeto femenino autónomo— o se convertía en fuente de comicidad y de burla, tal y como se representaba en el teatro isabelino dedicado a la guerra contra los franceses. Las conciencias de la buena sociedad de finales del siglo XIX podían descansar en la paz hogareña.

A principios del siglo XX se produjo el primer intento serio de analizar en exclusividad el papel de las mujeres en la Guerra de la Independencia y, en especial, los sucesos del 2 de mayo de 1808 en Madrid. Fue en una conferencia organizada por una asociación femenina católica y fue pronunciada por el militar José Gómez Arteche. Su interés no era tanto señalar la participación femenina, sino resaltar «la índole y los deberes de la maternidad que hacen a la mujer participante íntima de los destinos de la nación en que ha nacido, crece y se multiplica». La responsabilidad femenina era transmitir como madre los sentimientos patrióticos a los hombres²⁰. En definitiva, a lo largo del siglo XIX, el nacionalismo español logró domesticar y naturalizar el recuerdo de 1808 para adecuarlo a los discursos de género imperantes. Una labor que, como he señalado anteriormente, comenzó ya en los momentos de la guerra.

VIVIR LA GUERRA: EL PROTAGONISMO DE LAS MUJERES

Durante la contienda de 1808, la prensa, los manifiestos, las proclamas, las representaciones plásticas se hicieron eco de las gestas femeninas por su cariz propagandista y movilizador. Instrumentalizadas para la representación del es-

20 GÓMEZ ARTECHE, José, *La Mujer en la guerra de la Independencia, por el general...*, establecimiento tipográfico Hijos de J. A. García, Madrid, 1903, p. 6.

fuerzo colectivo nacional, a través de éstas se confirmaba que el pueblo español estaba unánimemente levantado en armas contra Napoleón. Según los patriotas, no había fisuras en la nación. Pero si se hicieron eco fue también porque las mujeres desplegaron un activismo patriótico y asumieron unas responsabilidades que estaban muy lejos de la tradición cultural de pasividad y resignación atribuidas al sexo femenino en circunstancias bélicas. Este imaginario, imperante en España y en Europa, consideraba la guerra como un asunto exclusivo de hombres y la paz, el amor y la compasión como la aspiración única del «sexo pacífico», es decir, de las mujeres. Pero como sabemos, las guerras, tanto las del pasado como las del presente, no han sido solo cosa de hombres ni la participación femenina en los conflictos armados se ha limitado a un papel meramente pasivo o de víctima.

En el caso que nos ocupa, las mujeres no pudieron o no quisieron quedar al margen del conflicto que las ambiciones napoleónicas provocaron en la Europa de principios del siglo XIX. Como ha indicado Gloria Espigado, el marco europeo de lucha contra Napoleón se impone como el obligado espacio de comparación que permita comprender tanto las relaciones complejas entre mujeres y guerra como las especificidades de la participación de las españolas²¹.

Para entender las razones de la presencia femenina en el conflicto de 1808 hay que considerar el propio carácter de guerra total que tuvo éste²². Fueron los imperativos de la guerra los que determinaron en muchas ocasiones la participación de las mujeres. Esto no significa negar la relevancia que en ciertos casos pudieron tener las implicaciones políticas y culturales en las decisiones de las mujeres, tales como la defensa de la familia, de la religión, de la monarquía o de la patria. Todo ello pudo estar presente en una guerra que transformó el territorio de la monarquía en un campo de batalla.

En realidad, la participación femenina comenzó muy pronto: en los motines antifranceses de mayo y junio de 1808 y, en especial, en el del 2 de mayo en Madrid. En este caso, como han apuntado todos los especialistas, el papel de las mujeres fue muy destacado. Como también fue relevante la presencia de mujeres en algunas de las ciudades sitiadas, como Zaragoza, Valencia o Gerona.

²¹ ESPIGADO, Gloria, «Europeas y Españolas contra Napoleón. Un estudio comparado», *Revista HMiC*, núm. VIII (2010), pp. 49-62. <http://webs2002.uab.es/hmic>

²² ALMUNIA, Celso, «Formas de resistencia ante los franceses. El concepto de guerra total», en *Repercusiones de la Revolución francesa en España. Actas del Congreso Internacional celebrado en Madrid 27-30 noviembre de 1989*, Universidad Complutense de Madrid, Madrid, 1990, pp. 453-471.

Según la documentación conservada, se lanzaban con palos y cuchillos contra los franceses; iban de casa en casa pidiendo metralla, vendas para los heridos o alimentos para los hombres que luchaban; arengaban a los soldados y a los vecinos, instándolos a la lucha e, incluso, organizaban compañías femeninas encargadas del servicio de agua y munición para los hombres atrincherados y del traslado de los heridos a los hospitales improvisados. En definitiva, en una guerra como la de 1808, las mujeres tuvieron que estar necesariamente presentes, sobre todo en aquellas actividades que, según el discurso de la naturaleza femenina, eran más propias de su sexo, como el cuidado de los heridos o el avituallamiento de las tropas²³.

Igualmente se vieron obligadas o incitadas por las circunstancias bélicas a traspasar los límites, tareas y espacios que se les había asignado social y culturalmente. Esto era en realidad lo que más inquietaba a las autoridades y a sectores políticos y sociales diversos. Deseaban alentar la resistencia popular, pero al mismo tiempo la temían. La opinión pública pretendía mantener intacto el mito de la feminidad esencialmente opuesto a la guerra. Y, por tanto, la presencia de las mujeres en espacios que desbordaban el universo estrictamente familiar y doméstico no era del agrado de todos. Vale la pena transcribir la proclama aparecida en Valencia en junio de 1808: había una necesidad de implicar a todos en la guerra; pero en el caso de las mujeres, su marco de actuación no debía trascender el círculo de la domesticidad.

«Hilad el lino, blanqueadlo, haced calcetas, cosed camisas, prevenid hilas y vendas, arrojad de vosotras la moda, moderad el lujo, y renunciad a las ropas extranjeras. Esto es lo que corresponde a vuestro sexo, lo que exige de vosotras la patria, y lo que necesitan nuestros guerreros. Valencianas: me olvidaba de deciros lo más importante. Guardad retiro: el pudor, el recato y la modestia sean una valla que os haga inaccesibles mientras durare la guerra. Haced que nuestra capital parezca una ciudad de Turquía, que no se vea una mujer en sus calles. Madrugad con la aurora para ir al templo a pedir al Dios de la victoria la conceda a nuestros ejércitos, pero antes de que el sol haya registrado nuestras calles, volveos a vuestras casas, aguardad

²³ FRASER, Ronald, *La maldita guerra de España. Historia social de la Guerra de la Independencia, 1808-1814*, Crítica, Barcelona, 2006; GARCÍA CÁRCCEL, Ricardo, *El sueño de la nación indomable. Los mitos de la Guerra de la Independencia*, Temas de Hoy, Madrid, 2008. Estas respuestas femeninas han sido analizadas específicamente en FERNÁNDEZ GARCÍA, Elena, *Mujeres en la Guerra de la Independencia*, Sílex, Madrid, 2009. También pueden consultarse los estudios de ACOSTA, FRANCISCO, BAZ, M.^a Jesús, FERNÁNDEZ, Elena y PEYROU, Florencia, publicados en CASTELLS, Irene, ESPIGADO, Gloria y ROMEO, M.^a Cruz (coords.), *Heroínas y patriotas. Mujeres de 1808...*, *op. cit.*

para presentaros en público a que vengan nuestros valientes coronados de laureles y cargados con los trofeos cogidos al enemigo [...] Valencianas: el sexo no es para más y nosotros nos guardaremos de querer más del sexo. No presumáis ser Déboras, Jaelas y Judits; ni emuléis la república de las Amazonas. Éstas son bellas ideas de los poetas, y aquéllas, rasgos extraordinarios del poder de Dios. Tomad mi consejo: hilad y cosed. Si lo hacéis así, seréis acreedoras al reconocimiento de la patria [...] la rueca, el huso y el alfarero de las Valencianas arrollaron a los vencedores de Austerlitz y de Jenna»²⁴.

A pesar de estas proclamas y de las suspicacias de las autoridades, la guerra abrió espacios de actuación pública femenina hasta entonces inauditos o muy limitados a ciertas damas de la buena sociedad del siglo XVIII. Además de la participación en la defensa de las ciudades o el aprovisionamiento de los soldados en el frente, repartiendo comida, agua, aguardiente o cargas de munición –tarea, por otra parte, tradicional–, la contienda propició formas de resistencia insólitas hasta entonces. En especial, cabe mencionar la implicación de algunas mujeres en tareas de espionaje, recogida de información, enlaces, liberación de presos españoles, combates irregulares, emboscadas, tomas de arsenales o, en fin, en las guerrillas. De este manera algunas mujeres entraron efectivamente en acción.

Éste, el de las guerrillas, es un fenómeno complejo. Es difícil conocer el número de mujeres que se enrolaron en las partidas, si bien se tiene constancia de algunos nombres²⁵. ¿Qué razones las impulsaban a enrolarse en las partidas guerrilleras? Probablemente, los motivos no fueran muy diferentes de los de los hombres: proteger la familia y la hacienda de las tropas francesas; responder a la violencia infligida por los soldados napoleónicos; obedecer a urgencias económicas o defender la monarquía y la religión²⁶. De todos modos, parece que hubo un estímulo más que pudo ser fundamental en la decisión final que tomaron algunas mujeres. Nos referimos al parentesco con otros guerrilleros. En algunos de los casos conocidos, las guerrilleras solían ser sus esposas, sobrinas, etc. Las historias de estas mujeres, como las de algunas de las ciudades sitiadas, plantean un fenómeno esquivo desde el punto de vista histórico e historiográ-

²⁴ FERNÁNDEZ GARCÍA, Elena, *Las mujeres en los inicios de la revolución liberal, 1808-1823*, Tesis doctoral, Universidad Autónoma de Barcelona, 2007, p. 559.

²⁵ MOLINER, Antonio, «El fenómeno guerrillero», en A. Moliner Prada (ed.), *La Guerra de la Independencia en España (1808-1814)*, Nabla Ediciones, Barcelona, 2007, pp. 128-131.

²⁶ Un análisis sistemático del fenómeno guerrillero en MOLINER PRADA, Antonio, *La guerrilla en la Guerra de la Independencia*, Ministerio de Defensa, Madrid, 2004.

fico: el del servicio de armas de estas «amazonas». Un servicio que ni fue privativo de España –hay ejemplos de mujeres armadas en la guerra de independencia de los Estados Unidos o en la Prusia enfrentada militarmente a Francia–, ni fue un fenómeno exclusivo del siglo XIX²⁷.

En consecuencia, las mujeres españolas que participaron en la resistencia no fueron una excepción, ni un caso insólito, a pesar de que el discurso patriótico y nacional las presentara, entonces y después, como expresión máxima e intransferible del carácter español. En todo caso, tenía razón esta retórica enaltecadora de lo propio cuando hacía de España el ejemplo de lucha contra Napoleón para otros países ocupados por las tropas francesas. Esa fue la experiencia de Eleonora Prochaska, una de las más conocidas mujeres soldados prusianas. Su memoria fue inmortalizada en la prensa, la literatura o en la música de Beethoven, y el Estado le erigió un monumento en 1865.

Eleonora Prochaska esgrimió como uno de los motivos para alistarse en el ejército bajo nombre y vestuario masculinos la experiencia de las mujeres españolas. En una carta que envió a su hermano poco antes de morir en el campo de batalla justificaba su decisión de esta manera: «en el interior de mi alma siempre he estado convencida de no cometer una acción mala o frívola; ¡pues mira cómo se comportan las mujeres y las doncellas en España y Tirol! [...] Padre no me lo tomará a mal, creo yo, ya que él mismo me contaba de las españolas y tirolesas y siempre podía leer claramente la resolución en mi rostro»²⁸.

Como queda reflejado en esta carta, las acciones de las españolas traspasaron fronteras. A ello ayudaron dos procesos, en parte relacionados. Por un lado, el discurso de género imperante en la Europa ilustrada; por otro, la presencia de extranjeros, franceses y británicos sobre todo, en territorio peninsular. Como se sabe, el discurso de género ilustrado ensalzaba el sexo débil por aquellas cualidades que la naturaleza le había otorgado –sensibilidad, emoción, domesticación–.

²⁷ La historiadora alemana Karen HAGEMANN ha estudiado la participación de las mujeres prusianas en la guerra contra Napoleón y su acogida por parte de la opinión pública, en especial de aquellas amazonas que, vestidas de hombres, caían en el campo de batalla. Cf. HAGEMANN, Karen, «Female Patriots. Women, War and the Nation in the Period of the Prussian-German Anti-Napoleonic Wars», *Gender and History*, 16 (2004), pp. 397-424 y «Heroic Virgins» and «Bellicose Amazons»: Armed Women, the Gender Order and the German Public during and after the Anti-Napoleonic Wars», *European History Quarterly*, 37 (2007), pp. 507-527.

²⁸ SOLANO RODRÍGUEZ, Remedios, *La influencia de la Guerra de la Independencia en Prusia a través de la prensa y la propaganda: la forjadura de una imagen sobre España (1808-1813)*, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Alicante, 2000, p. 355.

dad o moderación—, al tiempo que jerarquizaba las virtudes masculina y femenina. La consecuencia de este modelo para el tema que nos ocupa fue que las mujeres soldados fueron reprobadas. El derecho y el deber de portar armas, defender la familia, el hogar y la patria eran competencia exclusiva de los hombres. La ciudadanía, cuya primera obligación era precisamente la defensa de lo propio, no era cosa de mujeres, sostuvieron los revolucionarios franceses y tras ellos todos los reformistas y liberales de la Europa del siglo XIX²⁹.

En consecuencia con esta visión, la opinión pública europea descalificó la participación femenina en las «cosas de los hombres» y, por tanto, la imagen belicosa de las españolas que se difundió hizo hincapié en el hecho de que si éstas guerreaban era sólo porque se dejaban arrastrar por las emociones, por el fanatismo religioso característico de un país tan católico como el español o, en fin, por el amor irracional que sentían por sus maridos e hijos. No se entendía esa participación impulsada por motivos racionales, vedados naturalmente a las mujeres. Las españolas eran el contramodelo de la feminidad bien entendida.

Los extranjeros también contribuyeron a realzar y exagerar la aportación femenina. Para los franceses, la idea de unas mujeres armadas con palos, cuchillos, machetes o dispuestas a prender la mecha de los cañones se asociaba con la visión de unas furias salvajes, que confirmaban lo que ya se sabía: España era una sociedad atrasada, incivilizada. De esta manera, la participación femenina justificaba la ocupación francesa. Serían ellos, los franceses, quienes definitivamente incorporarían España a la modernidad europea.

Las mujeres españolas también despertaron el interés de los observadores y comentaristas británicos. Como ha estudiado Daniel Yépez, la opinión pública siguió con suma atención la «cuestión española» y llegaron a aparecer en la prensa proclamas dirigidas directamente a las mujeres británicas recordando los sacrificios de las españolas e instándolas a emularlas. En enero de 1809 podía leerse en *The Times* lo siguiente:

«Realize, my dear Countrywomen, the scene in Spain, and bring it home to your own families. Contemplate how deeply you are indebted to the Spaniards, who have thrown off the inglorious yoke, and are braving the immense power of the tyrant, and by degrees reducing at once his strength and his reputation! Think how the Spanish wife and mother must have suffered deprivation and dreadful agony; yet how gloriously she has risen above her feelings, to urge the husband of her heart,

²⁹ BOCK, Gisela, *La mujer en la historia de Europa. De la Edad Media a nuestros días*, Crítica, Barcelona, 2001.

and the son of her declining years, to take the field in defence of their existence and independence, and of the honour of herself and her virgin daughters!»³⁰.

El sitio de Zaragoza tuvo un especial impacto en la sociedad británica, debido también al desánimo que cundía por entonces en un país enfrentado durante años a Francia con escaso éxito. Charles Richard Vaughan, secretario de la legación británica ante la Junta Central, estuvo en Zaragoza muy poco tiempo después de la finalización del primer sitio y en enero de 1809 publicó el folleto *Narrative of the Siege of Zaragoza*, que en poco más de un año llegó a tener nueve ediciones. La primera publicación que dio a conocer en Europa las circunstancias de la lucha divulgó y popularizó la participación femenina. Vaughan relató cómo «mujeres de toda condición» «se organizaron para la atención de los heridos y para llevar agua y provisiones a las baterías de las puertas de la ciudad». Recordó con admiración sus «descomunales esfuerzos» en el auxilio de enfermos y niños indefensos y el «patriótico propósito» que impulsó a la condesa de Bureta. Finalmente, describió el «acto de heroísmo protagonizado por una mujer cuya historia no tiene parangón», refiriéndose, claro está, a Agustina Zaragoza, «hermosa mujer de clase baja que estaba encargada de llevar provisiones a las puertas de la ciudad». Tras prender el cañón, «blandiendo un arma, hizo el juramento de no rendirse durante el sitio mientras estuviese viva. Con este atrevido gesto enardeció a sus conciudadanos»³¹.

Las memorias y cartas de los observadores y militares subrayaron el alcance de la insurrección. Pero, por otro lado, el compromiso activo de esas mujeres ayudó a asentar las bases de lo que sería la imagen romántica de la española: pasional, fiera y dispuesta a sacrificarse por una causa justa.

Como ya he comentado, en un principio la opinión pública española también se mostró ambivalente con estas demostraciones femeninas, tan pegadas a las armas o a la primera línea de batalla. Sin embargo, el carácter de guerra total condicionó la apelación a las mujeres armadas como instrumento movilizador de la población. Por ejemplo, el *Diario de Valencia* se hacía eco en agosto de 1810 de una noticia publicada en el *Diario de Alicante* pero acaecida en Badajoz:

³⁰ Citado en YÉPEZ, Daniel, «Víctimas y participantes. Las mujeres españolas en la Peninsular War desde la óptica francesa», *Revista HMiC*, núm. VIII (2010), p. 158. <http://webs2002.uab.es/hmic>.

³¹ VAUGHAN, Charles Richard, *Narrativa del Sitio de Zaragoza*, Institución «Fernando el Católico», Zaragoza, 2008, edición de José Luis Cintora, pp. 82, 91, 99 y 85-86.

«Escribe de Badajoz ... que un correo español que ha vuelto sin valija, asegura haber sido muerto en las inmediaciones de Nieva otro Correo francés con toda su escolta ... Añade que una mujer con grado de Capitán mandó la acción con tanto arrojo e intrepidez, que disparaba dos veces mientras sus soldados una.

¡Bendita seas, heroína española! ¿Es posible que haya monstruos que consagren su ferocidad en ensangrentarse contigo? ¿Y es posible que haya varones cobardes en España, a presencia del valor portentoso de sus Matronas? No te fatigues, Napoleón, en conquistar una Nación donde nacen las verdaderas Amazonas. Todavía hay hombres robustos que la defiendan: y cuando toda la Europa que has arrastrado para su conquista haya concluido con ellos, las Españolas montarán a caballo, vomitarán fuego, blandirán la espada, se alistarán en ejércitos, se instruirán en los ejércitos militares, y opondrán vigorosamente sus vidas antes que contaminarse con los enemigos de Dios y de los hombres a quienes pertenecen. No, la España no se formó para Napoleón. No conoce sino un corto número de recursos, y algunos eslabones mal enlazados e interrumpidos»³².

En realidad, el empleo del relato de las amazonas legendarias era un recurso retórico alejado de toda plasmación real y de toda connotación política relacionada con la experiencia de la Revolución francesa y la demanda por parte de algunas francesas –o prusianas– de portar armas y ser sujetos de derechos políticos. Con toda seguridad, la mayoría de la opinión española se inclinaba por otros modos de implicación femenina en el impulso patriótico bien distintos del compromiso activo con la resistencia armada, tan celebrado después. Muchos hubieran preferido que se siguiera el consejo de Frasquita Larrea, esposa del hispanista Nicolás Böhl de Faber y madre de Cecilia, la novelista conocida con el seudónimo de Fernán Caballero. Frasquita Larrea propugnaba una estrategia para las mujeres menos pública, menos visible, más acorde con la supuesta naturaleza femenina: «usemos también las armas que nos son propias. Recordemos a nuestros esposos e hijos nuestras obligaciones. Pintémosles las dulzuras de una muerte en defensa gloriosa de su religión y patria»³³. Frasquita Larrea trataba de limitar la labor patriótica al

³² *Diario de Valencia*, 20 de agosto de 1810. Agradezco a Josep RAMÓN SEGARRA la consulta de este documento.

³³ Citado en CANTOS, Marieta, *Los episodios de Trafalgar y Cádiz en las plumas de Frasquita Larrea y Fernán Caballero*, Diputación de Cádiz, Cádiz, 2006, p. 73. Cf. ESPIGADO, Gloria, y DE LA PASCUA SÁNCHEZ, M.^a José (eds.), *Frasquita Larrea y Aherán. Europeas y españolas entre la Ilustración y el Romanticismo (1750-1850)*, Universidad de Cádiz y Ayuntamiento de El Puerto de Santa María, Cádiz, 2003.

ámbito doméstico y, mediante la persuasión femenina, conseguir excitar el valor masculino. No fue posible seguir su consejo. Las armas de mujer fueron varias, como el ejemplo de la propia Larrea mostró.

«ARMAS DE MUJER»: PROPAGANDISTAS RESPETABLES Y «MADRES SOCIALES»

La coyuntura bélica hizo posible que algunas mujeres, por primera vez, tomaran la pluma para escribir exaltadas proclamas llenas de fervor patriótico, espacio reservado, en teoría, a los hombres. De este modo, las Amazonas o las mujeres más directamente implicadas en la defensa de sus pueblos y ciudades no fueron las únicas protagonistas del antagonismo contra las tropas francesas³⁴. Amparadas en la retórica de la naturaleza puramente sensible y privada de las mujeres, en la respetabilidad de la misión sagrada de esposa y de madre o en el lenguaje de la modestia, algunas mujeres redactaron proclamas y llamamientos, tradujeron obras de carácter político –la marquesa de Astorga, María Magdalena Fernández de Córdoba y Ponce de León, tradujo y prologó *Derechos y deberes del ciudadano*, del abate Mably–, se pusieron al frente de la prensa política –como María del Carmen Silva, editora de *El Robespierre Español*, durante el encarcelamiento de su esposo–, escribieron artículos contra Napoleón y la experiencia liberal –caso de Manuela López de Ulloa– o cientos de cartas a sus allegados, familiares y amigos, sobre los acontecimientos de la época, como la propia Frasquita Larrea³⁵.

³⁴ A este respecto, son fundamentales los trabajos de ESPIGADO, Gloria; «Armas de mujer. El patriotismo de las españolas en la Guerra de la Independencia», en DIEGO, Emilio de (dir.) y MARTÍNEZ SANZ, José Luis (coord.), *El comienzo de la Guerra de la Independencia. Congreso Internacional del Bicentenario*, Actas Editorial, Madrid, 2008, pp. 709-749 y «Las mujeres y la política durante la Guerra de la Independencia», *Ayer*, 86 (2012), pp. 67-88.

³⁵ MARTÍN VALDEPEÑAS, Elisa, SÁNCHEZ HITA, Beatriz, CASTELLS, Irene y FERNÁNDEZ, Elena, «Una traductora de Mably en el Cádiz de las Cortes: la marquesa de Astorga», *Historia Constitucional*, 10 (2009), pp. 63-136; hasta este estudio, la traducción se había adjudicado equivocadamente a Álvaro Flórez Estrada, CANTOS, M., «Entre la tertulia y la imprenta, la palabra encendida de una patriota andaluza, Frasquita Larrea (1775-1838)» y SÁNCHEZ HITA, B., «María del Carmen Silva, la Robespierre española: una heroína y periodista en la Guerra de la Independencia», *Heroínas y patriotas...*, *op. cit.*, pp. 269-294 y 399-425, respectivamente; CANTOS, M. y SÁNCHEZ HITA, B., «Escritoras y periodistas ante la Constitución de 1812 (1808-1823)», *Historia constitucional*, 10 (2009), pp. 137-179.

El nacimiento de la opinión pública abrió un cauce de participación para las mujeres, aunque limitado³⁶. A través de la pluma, y a pesar de aquellos hombres que consideraban inadmisibile que las mujeres pudieran siquiera dedicarse a escribir, algunas voces femeninas penetraron en la arena de la opinión. Escribieron sobre todo poemas y discursos periodísticos, en forma de cartas o artículos remitidos. Publicaron llamamientos que buscaban encender el patriotismo de la población. Lo hicieron respetando los márgenes de actuación femeninos. Todas ellas, que podían inscribirse en círculos más liberales o en entornos más absolutistas, propiciaron un patriotismo femenino de nuevo cuño, que fue probablemente más general que la resistencia armada. El ideal ilustrado de feminidad, que moralizó el papel doméstico de la mujer dentro de la familia, permitió ampliar el espacio de ésta en la sociedad. A través de ese modelo se podría expresar los sentimientos patrióticos. La guerra reclamaba el esfuerzo de todos y las españolas cumplían ofreciendo su capacidad generadora y reproductora. Como madres y esposas, católicas y españolas, podían ser tan patriotas como los varones.

Esta contribución femenina al esfuerzo de guerra podía implicar en algunos casos la expresión pública de sentimientos y opiniones políticos. Como indica Marieta Cantos, «en muchos casos estas damas se hicieron literatas para ser políticas, pues era la única manera de participar en la vida pública nacional»³⁷. No se trataba sólo de enardecer el patriotismo o la adhesión al «deseado» Fernando VII. Había algo más: el deseo de intervenir en los asuntos públicos, de participar con su pluma al debate político. Lamentablemente, todavía desconocemos mucho de la publicación femenina durante la guerra y todavía es más desconocida lo que podríamos llamar la «literatura política femenina». El trabajo realizado en Cádiz no tiene comparación posible. Por ello, la conclusión sobre el contenido de esos folletos tal vez no pueda generalizarse a toda España. No obstante, la imprenta gaditana fue de tal potencia en aquellos años que su estudio permite abrir un sólido espacio de reflexión sobre la orientación política de las mujeres que salieron a la palestra pública. Frente al tirano y al impío

³⁶ CANTOS, M., «La literatura femenina en la Guerra de la Independencia: a la ciudadanía por el patriotismo», *Revista HMiC*, núm. VIII (2010), pp. 33-47. <http://webs2002.uab.es/hmic>. Es imprescindible la consulta de CANTOS CASENAVE, M., DURÁN LÓPEZ, M. F. y RAMOS SANTANA, A. (eds.): *La guerra de pluma...*, *op. cit.*, pp. 161-454.

³⁷ CANTOS CASENAVE, M., DURÁN LÓPEZ, M. F. y RAMOS SANTANA, A. (eds.): *La guerra de pluma...*, *op. cit.*, p. 168. Se han recopilado 57 folletos, en forma de proclamas, representaciones, discursos, cartas o canciones.

Napoleón, los escritos aparecidos en la prensa gaditana centran su atención en los tres núcleos básicos de la época: la patria, el rey y la religión. Entre las mujeres que alcanzaron cierta aceptación, apenas existen noticias sobre la adhesión a la causa liberal —la excepción sería María del Carmen Silva—, mientras que escritoras como María Manuela López de Ulloa y Frasquita Larrea se caracterizaron por un discurso radicalmente reaccionario. En cualquier caso, a través de estos escritos las mujeres expresaron el deseo evidente de sentirse ciudadanas, de formar parte de la comunidad civil, de participar en la vida pública de la nación y de contribuir a la independencia de España.

El deseo de intervenir en la vida pública de la nación se manifestó también en otra esfera. Más allá de la primera línea de combate y del mundo de la palabra impresa, algunas mujeres se implicaron en labores de retaguardia desplegando el ideal ilustrado de feminidad en la sociedad. El ejercicio de la maternidad social fue encauzado a través de las formas de sociabilidad colectiva y filantrópica procedentes del siglo XVIII. Es decir, podían reunirse, coordinarse y asociarse para cuidar de los enfermos, de los huérfanos o recaudar fondos para equipar a los soldados, precisamente porque eran mujeres, es decir, madres. La Junta de Damas de Fernando VII, al frente de la cual estuvo la marquesa de Villafranca, puede ser una buena muestra de esta actuación³⁸.

A través de estos espacios de sociabilidad, las mujeres se implicaron en los asuntos públicos. El estado de emergencia y de peligro de la patria justificaba las acciones femeninas en la esfera pública. Era su función maternal la que les otorgaba el derecho a formar parte de la nación, que políticamente comenzaba su andadura. Esta retórica moderada les permitía crear o mantener formas de organización fuera del hogar, al mismo tiempo que ayudaba a dar forma a la nación, necesitada del referente cultural del género femenino para recrear el imaginario que le es propio, aquel que apela a la nación-madre que vela por el bienestar de todos sus hijos.

CONCLUSIÓN

La guerra contra Napoleón fue una auténtica conmoción en la que la población civil jugó un importante papel, como protagonista de los hechos bélicos y

³⁸ ESPIGADO, G., «La marquesa de Villafranca y la Junta de Damas de Fernando VII», *Heroínas y patriotas...*, *op. cit.*, pp. 317-342.

como víctima. El mundo de los varones no fue el único que se tambaleó. También las mujeres se conmovieron y sus vidas cotidianas se vieron trastocadas ante el avance de los ejércitos imperiales.

Las maneras en las que las mujeres vivieron la Guerra de la Independencia fueron variadas. En este texto me he centrado en tres: la resistencia, la escritura de la respetabilidad y la maternidad social. No fueron las únicas. Poco se sabe de las españolas que siguieron la estela de Napoleón³⁹, las que compartieron el destino de sus maridos o padres movilizados o las que siguieron la suerte de sus familiares apresados y deportados a Francia.

¿Qué influencia tuvo el género en la toma de posición de las mujeres? Según la conclusión a la que llegan Waltraud Maierhofer, Gertrud Roesch y Carolina Bland en su trabajo sobre las respuestas femeninas en la Europa conquistada por los ejércitos imperiales, las actitudes de las mujeres fueron variadas y asimilables a las de los hombres. En consecuencia, el género no parece constituir un factor muy decisivo. La reclamación de derechos que había acompañado los primeros pasos de la experiencia revolucionaria francesa o la lucha por la autonomía femenina que había emprendido Mary Wollstonecraft a fines del siglo XVIII no parece que tuvieran continuidad en los años de las guerras napoleónicas. Algo similar se desprende del caso español, salvando las distancias entre una dinámica y otra. Evidentemente, en España no hubo voces previas reivindicativas de derechos, pero sí hubo defensas explícitas de las capacidades de las mujeres en igualdad con los hombres. El esfuerzo individual de Inés de Joyes y Blake (1731-1806) o de Josefa Amar y Borbón (1749-1833), por ejemplo, no tuvo continuidad después de 1808⁴⁰. Como señala Gloria Espigado «es como si en Europa hubiese cambiado la agenda de prioridades en el discurso de las mujeres»⁴¹.

No obstante, desde el punto de vista del ordenamiento de los sexos, las guerras contra Napoleón aceleraron el discurso sobre las diferencias «naturales»

³⁹ Cf. MARTÍN-VALDEPEÑAS, E., «Afrancesadas y patriotas: la Junta de Honor y Mérito de la Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País», *Heroínas y patriotas...*, *op. cit.*, pp. 343-370 y «“Mis señoras traidoras”: las afrancesadas, una historia olvidada», *Revista HMIC*, núm. VIII (2010), pp. 79-107. <http://webs2002.uab.es/hmic>

⁴⁰ BOLUFER, Mónica, *La vida y la escritura en el siglo XVIII*, Valencia, PUV, 2008 y LÓPEZ CORDÓN, M.^a Victoria, *Condición femenina y razón ilustrada. Josefa Amar y Borbón*, Pressas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza, 2005

⁴¹ MAIERHOFER, W., ROESCH, G. y BLAND, C. (eds.), *Women Against Napoleon. Historical and Fictional Responses to his Rise and Legacy*, Campus Verlag, Frankfurt/Nueva York, 2007; ESPIGADO, Gloria, «Europeas y españolas contra Napoleón...», *op. cit.*, p. 62.

entre hombres y mujeres y la construcción generizada de la nación. El patriotismo proporcionó una palanca excepcional para que las mujeres abrieran espacios de significación pública muy diversos. La identificación con la causa de la patria invadida y asediada por Napoleón, en definitiva, fue el lugar común que excusaba casi cualquier comportamiento trasgresor. En este sentido puede afirmarse que las mujeres participaron activamente en la construcción de la nación española, impulsadas por la oposición al emperador de los franceses. Aquí radicó la relevancia de la contribución femenina.